

Relatos del mar

De Colón a Hemingway



«En el camarote, sentados alrededor de una lámpara que, con su luz agonizante, volvía aún más tétrica la oscuridad, todo el mundo tenía algún naufragio o catástrofe que relatar.» Washington Irving, «La travesía»

El 25 de diciembre de 1492 Cristóbal Colón anotaba en su Diario que la nao Santa María acababa de encallar en la costa noroeste de la actual República Dominicana. Con este pasaje se inicia nuestra antología de Relatos del mar, preparada por Marta Salís: 46 piezas de distintos géneros, épocas y nacionalidades que ilustran, a través de la narración histórica o la literatura de creación, la fascinación que el mar ha ejercido desde siempre sobre el ser humano.

Memorias de exploradores, capitanes negreros, esclavos y naufragos se combinan con relatos de pescadores, piratas, buscadores de tesoros y simples pasajeros; la dimensión épica convive con la exploración lírica, sin olvidar los buques fantasma y toda la contribución del mar al género fantástico. Veremos a Jack London haciendo surf y a un elegante matrimonio, en un cuento de Scott Fitzgerald, a punto de zozobrar, real y figuradamente, en el curso de una larga travesía. Asistiremos con Turguénev a un incendio en el mar y con Kafka a la confesión de un hombre condenado a vagar en una barca por toda la eternidad. La nómina de autores aquí representados reúne varios nombres clave de la literatura universal.

Autores recogidos en esta antología: Hernando Colón, Alexandre O. Exquemelin, Daniel Defoe, Olaudah Equiano, Washington Irving, James Fenimore Cooper, Wilhelm Hauff, Hugh Crow, Daniel Tyerman y George Bennet, Nathaniel Hawthorne, Richard Henry Dana, hijo, Edgar Allan Poe, Charles Dickens, Anthony Trollope, Henry James, Benito Pérez Galdós, Jules Verne, Robert Louis Stevenson, Iván S. Turguénev, Guy de Maupassant, Lev N. Tolstói, Herman

Melville, Antón P. Chéjov, Rudyard Kipling, Bram Stoker, Marcel Schwob, Fridtjof Nansen, Stephen Crane, Rainer Maria Rilke, Winston Churchill, Pío Baroja, Joshua Slocum, Emilio Salgari, Emilia Pardo Bazán, William H. Hodgson, Jack London, Richard Middleton, Maksim Gorki, Saki, Joseph Conrad, Franz Kafka, Liam O'Flaherty, Francis Scott Fitzgerald, Ernest Hemingway, Roald Dahl.

Presentación

La presente antología, ordenada cronológicamente a partir de la fecha de publicación, incluye una variada selección de relatos que giran en torno al mar, esa gran fuente de inspiración literaria, y que pretende reflejar toda su belleza, misterio y crueldad, así como la fascinación que ha ejercido siempre sobre el ser humano.

No hemos tenido intención de hacer una antología «histórica» remontándonos a los orígenes de la literatura: empezar con la epopeya de Gilgamesh, el paso del mar Rojo, el regreso de Ulises a Ítaca o las aventuras de Jasón y los argonautas en busca del vellocino de oro nos habría obligado a trazar un itinerario demasiado exhaustivo y arduo de medir en número de páginas. Si iniciamos nuestro viaje con Cristóbal Colón, aunque en fecha de publicación le preceda el fragmento de Antonio de Pigafetta, es porque el descubrimiento de América (1492) se considera uno de los acontecimientos históricos que, junto con la toma de Constantinopla (1453), señalan el inicio de la Edad Moderna. De un modo u otro, el mar se hace Historia, y luego literatura, en cuanto se convierte en canal para expediciones y conquistas, y a esta visión tantas veces turbia que ha definido característicamente el mundo «conectado» y sin *non plus ultra* en el que vivimos está dedicada buena parte de nuestra antología.

En nuestra selección hay relatos y fragmentos de novelas y de otras obras más extensas, pero hemos querido que

los relatos fueran mayoría.

Se reúnen aquí textos de ficción y de no ficción. Entre estos últimos, el lector encontrará memorias de carácter personal, como las del esclavo Olaudah Equiano, el capitán negrero Hugh Crow, los misioneros Daniel Tyerman y George Bennet, el capitán Joshua Slocum –primer navegante que dio la vuelta al mundo en solitario– y el escritor Iván S. Turguénev; pero también testimonios de navegantes y exploradores como Cristóbal Colón, Antonio de Pigafetta y Fridtjof Nansen, cargados de valor histórico.

Dentro de la ficción encontraremos algunos nombres clave de la narrativa occidental y, entre ellos, autores que fueron marinos o tuvieron una experiencia directa del mar, por lo que su obra puede considerarse fehacientemente documentada: James Fenimore Cooper, Herman Melville, Robert Louis Stevenson, Joseph Conrad y Jack London serían un buen ejemplo.

En el capítulo de la ficción, inevitablemente, predominará el elemento épico: tormentas, naufragios, piratas, motines, batallas... El mar, en definitiva, romántico, una tradición que se ha mantenido hasta nuestros días, no pocas veces con un sesgo imperialista. No hemos olvidado sus derivaciones a lo fantástico y sobrenatural (los buques fantasma de Wilhelm Hauff y de Richard Middleton o la «kafkización» de la leyenda del holandés errante), a lo terrorífico (el gigantesco remolino de Edgar Allan Poe, los monstruos marinos de Rudyard Kipling y el cielo en llamas de William Hope Hodgson) e incluso a lo milagroso (los tres eremitas de Lev N. Tolstói)... pues ¿acaso los milagros y el mar no tienen una larga tradición?

Tampoco podían faltar autores representativos del género de aventuras más popular, como es el caso de Jules Verne y de Emilio Salgari, incorporados al imaginario colectivo; ni dejar a un lado el elemento *gore*, presente tanto en los textos documentales (Alexandre O. Exquemelin, ciru-

jano-barbero de los piratas del Caribe) como en los creativos (Bram Stoker y sus piratas malayos).

Toda esta dimensión épica puede tratarse también de un modo realista, no solo en las memorias o episodios autobiográficos, como hacen Richard Henry Dana hijo, en sus dos años como simple marinero, o Stephen Crane, en sus veinticuatro horas a la deriva en un bote salvavidas; sino también en los cuentos: los pescadores y los soldados heridos que pueblan los relatos aquí elegidos de Guy de Maupassant, Antón P. Chéjov, Emilia Pardo Bazán y Maksim Gorki servirán para ilustrarlo. Pero, con el tiempo, irán apareciendo tratamientos humorísticos e irónicos que desmitificarán el escenario de tanta lucha del hombre contra los elementos; los relatos de Saki y Roald Dahl serían el ejemplo culminante, pero también el pirata vocacional de Marcel Schwob, el vodevil criminal de Henry James y la comedia burguesa de Francis Scott Fitzgerald. Esta última enlazaría con los relatos de simples pasajeros, con un mar ya «domesticado», que empiezan brillantemente con Daniel Defoe y siguen con Anthony Trollope y Winston Churchill, aunque éste dé a su historia un giro inesperado.

Daniel Defoe convierte el mar en escenario de una fábula moral muy poco edificante, que, casi dos siglos antes, ya apuntaba Fray Antonio de Guevara en *De muchos trabajos que se pasan en las galeras* (1539): «En una peligrosa tormenta se ponen los marineros a rezar, se ocupan en suspirar, se toman a llorar, la cual pasada, se asientan muy despacio a comer, hablar, a jugar, a pescar y aun a blasfemar, contando unos a otros el peligro en que se vieron y las promesas que hicieron».

Fue, sin embargo, el romanticismo, ya entrado el siglo XIX, el que trajo la visión exaltada e idealista del mar. No habían faltado, en siglos anteriores, testimonio y advertencias sobre esta «pasión» por entonces inimaginable como tal. La vida de aventuras y libertad con que soñaban muchos de los que embarcaban contrastaba con la áspera

realidad: el trabajo era duro, los riesgos grandes, los salarios bajos y el espacio vital agobiante. Demasiado esfuerzo para un final que rara vez era feliz. Fray Tomás de la Torre, que acompañó en sus viajes a fray Bartolomé de las Casas a mediados del siglo XVI, ya había dejado escrito: «El navío es una cárcel muy estrecha y muy fuerte de donde nadie puede huir aunque no lleve grillos ni cadenas y tan cruel que no hace diferencia entre los presos e igualmente trata y estrecha a todos»; y Eugenio de Salazar, un burlón pasajero de la época, decía en una de sus cartas, con tanta gracia como exageración: «También hay [...] piojos y tan grandes, que algunos se almadían y vomitan pedazos de carne de grumetes... Tiene el navío grandísima copia de volatería de cucarachas, que aquí llaman curianas, y grande abundancia de montería de ratones, que muchos de ellos se aculan y resisten a los monteros como jabalíes». El mismísimo Miguel de Cervantes, que sabía de lo que hablaba, se refirió en *El licenciado Vidriera* (1613) a «la extraña vida de aquellas marítimas casas adonde lo más del tiempo maltratan las chinches, roban los forzados, enfadan los marineros, destruyen los ratones y fatigan las maretas». Nuestros antepasados llegaron a decir, jugando con la dicción, que «mañ» venía de «amargura», y apostillaron la cuestión afirmando, como el ya citado fray Antonio de Guevara, que la mar era «muy deleitosa de mirar y muy peligrosa de pasear». Por no hablar del mareo, del que sabía mucho Charles Darwin, que pasó cinco años en ese estado a bordo del *Beagle*, y sobre el que Charlotte Brontë escribió, en *Villete* (1853), este fragmento de jocosos final:

Al caer la noche el mar se encrespó: olas cada vez más grandes azotaban con fuerza el costado del barco. Era extraño pensar que solo nos rodeaban el agua y la oscuridad, y sentir que la nave avanzaba sin perder el rumbo, a pesar del ruido, el oleaje y el creciente temporal. Algunas piezas del mobiliario empezaron a caerse y fue necesario trincarlas para que no se movieran; los pasajeros estaban

cada vez más mareados; la señorita Fanshawe declaró entre gemidos que se moría.

—Todavía no, querida —dijo la camarera—. Acabamos de llegar a puerto.

Volviendo a nuestra antología, tampoco falta en ella el mar como espacio para la reflexión pausada, que se inicia en estas páginas con Washington Irving a principios del siglo XIX. Con Nathaniel Hawthorne, el lirismo capaz de desprenderse de un simple paseo por la playa parece difícil de superar, aunque Robert Louis Stevenson y su océano de niebla le disputen ese honor. Y seguirán su estela autores como Herman Melville —que nos hará sentir la poderosa «llamada del mar» con ese viejo marinero para el que las inmensas praderas semejan el océano—, Rainer Maria Rilke, Pío Baroja, Maksim Gorki... Y, pensándolo bien, ¿no es «El congrio», de Liam O'Flaherty, el colmo de lo lírico?

Hemos querido, por otra parte, huir de lo obvio y no incluir fragmentos de los grandes clásicos de la literatura del mar, como *Robinson Crusoe*, *Moby Dick*, *Veinte mil leguas de viaje submarino*, *La isla del tesoro*, *Capitanes intrépidos*, *El lobo de mar*, *Juventud*, *El viejo y el mar*, etc. Sabemos que los lectores echarán de menos muchas cosas, entre ellas, por ejemplo, la visión del mar de las literaturas orientales, pero creemos que ninguno de los textos elegidos —especialmente por su representatividad, originalidad o atractivo— les sobrarán.

Otro de nuestros propósitos ha sido cubrir, dentro de las fronteras de la tradición occidental, distintas épocas y nacionalidades. Es cierto que predominan los autores anglosajones, pero no podemos olvidar que en sus países —todos ellos islas o lejanos continentes— la importancia del mar dio lugar a un auténtico género literario. No es extraño que una de las primeras obras de la literatura inglesa sea «The Seafarer» [El navegante], un vigoroso poema sobre el mar recogido en el *Exeter Book*, también conocido como

Codex Exoniensis, en el siglo X. Cuatro relatos rusos, cuatro españoles, tres franceses, tres alemanes, dos italianos, uno noruego y uno holandés, flamenco o francés (no se sabe con certeza el lugar de origen de Alexandre O. Exquemelin) se suman a la gran mayoría de ingleses, irlandeses y norteamericanos. Pero, aunque falten autores de otros países, el lector recorrerá con estas páginas todos los continentes. Buena travesía.

MARTA SALÍS

De Malua a Ocoloro

(fragmento de *Relación del primer viaje
alrededor del mundo*)

Antonio de Pigafetta
(1536)

Traducción: Cristina Marín Rubio

ANTONIO DE PIGAFETTA (1480/1491?-1534) nació en Vicenza, en la República de Venecia, en el seno de una familia aristócrata. Estudió astronomía, geografía y cartografía. Perfeccionó su educación al servicio de monseñor Francesco Chiericati, alto cargo en la Roma del papa León X, al que acompañó a España en 1518. Al conocer el proyecto del navegante portugués Magallanes de abrir una ruta por el oeste hacia las Indias Orientales, decidió unirse a la expedición. Tras lograr el beneplácito real y obtener cartas de recomendación destinadas a la Casa de Contratación y al propio Magallanes, viajó a Sevilla, donde logró alistarse en la tripulación expedicionaria con el cargo de «sobresaliente», destinado por lo general a jóvenes nobles enrolados en busca de aventuras o experiencia militar. Pigafetta viajaría en la nave almirante, la Trinidad, al mando de Magallanes, capitán general de la expedición, y estaría con él en el momento de su muerte. La flota estaba compuesta por cinco carabelas y doscientos sesenta y cinco hombres, de los que solo sobrevivirían dieciocho; Pigafetta fue uno de ellos. La aventura duraría tres años, desde la partida en octubre de 1519, hasta el regreso de la única embarcación superviviente, la Victoria, capitaneada por Juan Sebastián Elcano, el 6 de septiembre de 1522. Pigafetta escribió un diario a bordo y recogió sus experiencias en la *Relazione del primo viaggio intorno al mondo*, publicada en Venecia en 1536. En el texto de Pigafetta —un documento de extraordinario valor histórico—, además de una exhaustiva información geográfica y etnográfica, aflora su atracción por lo fabuloso, como veremos en el fragmento seleccionado.

De Malua a Ocoloro

(fragmento de *Relación del primer viaje alrededor del mundo*)

Nuestro viejo piloto de Maluco nos dijo que en estos lugares hállase una isla llamada Arucheto; y que los hombres y las mujeres que la habitan no miden más de un codo y que sus orejas son tan grandes como ellos: de una hacen su jergón y cúbrense con la otra; van rapados y desnudos, corren con gran ligereza y hablan con voz débil y aguda; viven en cuevas debajo de la tierra y aliméntanse de peces y de una cosa que crece entre el tronco y la corteza de un árbol, blanca y redonda como un confite de cilantro, a la que llaman *ambulon*; mas las fuertes corrientes de agua y los muchos escollos nos impidieron llegar hasta allí.

Sábado, a 25 de enero de MCCCCXXII; partimos de la isla de Malua; el domingo 26 llegamos a una isla grande, a cinco leguas de aquélla, entre mediodía y garbino. Bajé a tierra sin compañía para hablar con el principal de una villa llamada Amaban, a fin de que nos suministrara provisiones: respondiome que nos daría búfalos, puercos y cabras; mas no pudimos cerrar el trato al exigir aquél muchas mercaderías por un búfalo. Como andábamos escasos de ellas, y acuciados por el hambre, retuvimos en el navío a un princi-

pal de otra villa, llamada Balibo, y a su hijo; y por miedo a que los matáramos, nos proporcionó sin demora seis búfalos, cinco cabras y dos puercos; y para cumplir el número de diez puercos y diez cabras, diéronnos un búfalo, pues así lo habíamos acordado. Después los mandamos a tierra contentísimos y cargados de paño, telas indias de seda y de algodón, hachuelas, dagas indianas, tijeras, espejos y cuchillos.

El principal al que primero hablé era servido solo por mujeres. Andan desnudas todas ellas como en las otras islas; y en las orejas llevan aretes pequeños de oro, de los cuales penden hebras de seda; y llevan en los brazos tantas pulseras de oro y de latón que les alcanzan hasta el codo. Los hombres van como las mujeres, si no es que llevan colgados al cuello unas cosas de oro, redondas como una tajadera, y pequeñas peinetas de caña adornadas con aretes de oro prendidas en los cabellos; y algunos llevan rabillos secos de calabaza como pendientes.

Hállase en esta isla el sándalo blanco, y en ninguna otra parte puede encontrarse; hay jengibre, búfalos, puercos, cabras, gallinas, arroz, higos, caña dulce, naranjas, limones, cera, almendras, alubias y otras cosas y papagayos de diversos colores. En la otra parte de la isla habitan cuatro hermanos, que son los reyes. En el lugar que nos hallábamos había villas, y algunas de las principales. Los nombres de los cuatro territorios de los reyes son: Oibich, Lichsana, Suai y Cabanaza. Oibich es el mayor; dijéronnos que en un monte de Cabanaza había mucho oro; y todos adquieren de lo que han menester con trozos pequeños de ese metal. En esta parte de la isla contratan todo el sándalo y la cera los de Java y de Malaca. Hallamos aquí un junco de Luson, venido a acordar la compra de sándalo.

Estos pueblos son gentiles; tal cual nos contaron, cuando van a cortar el sándalo aparéceseles el demonio en diversas formas y pregúntales de qué cosas han menester, y

les dice que se las pidan; por esta aparición caen enfermos unos cuantos días.

El sándalo ha de cortarse en cierta fase de la luna, pues de otra suerte no resultaría bueno. La mercadería necesaria para contratar el sándalo es: paño rojo, telas, hachetas, hierro y clavos. Esta isla está muy poblada y es muy larga de levante a poniente, y estrecha de mediodía a tramontana. Hállase a diez grados de latitud del Antártico y a ciento sesenta y cuatro grados y medio de la línea de demarcación, y se dice Timor. En todas las islas que hemos hallado en este archipiélago reina el mal de San Job y más aquí que en otros lugares, y lo llaman *for franchi*, es decir, «mal portugués».

Nos dijeron que a una jornada de aquí, entre poniente y maestral, hállase una isla donde la canela abunda; y se dice Ende. Sus moradores son gentiles y no tienen rey; y en el mismo camino hay muchas islas, una detrás de otra, hasta la Java Mayor y el cabo de Malaca; tienen por nombre: Tanabutun, Crenochile, Bimacore, Arauaran, Main, Zumbava, Lamboch, Chorum y Java Mayor. Estos pueblos no la llaman Java, sino Jiaoa. Las mayores villas de Java son: Magepahor (su rey, cuando vivía, era el gobernador de todas estas islas y llamábase rajá Pathiunus), Sunda (en ésta la pimienta crece en muy grande abundancia); Daha, Dama, Gaghiamada, Minutarangan, Cipara, Sidain, Tuban, Cressi, Cirubaia e Balli. Y la Java Menor es la isla de Madura, que está a media legua de la Java Mayor.

Y como nos dijeron, cuando un principal de la Java Mayor muere, queman su cuerpo; su esposa favorita se adorna con guirnaldas de flores y hácese portar por tres o cuatro hombres sobre unas angarillas por todo el pueblo; y riendo y consolando a sus parientes, que lloran, les dice: no lloréis, porque voyme a cenar con mi marido y a dormir con él esta noche. Llénala luego al fuego donde arde su esposo; y volviéndose ella hacia sus parientes los consuela otra vez y

se arroja a la hoguera. Si no lo hiciere no sería mujer de bien, ni verdadera esposa del marido muerto.

Y dijéronnos también que cuando los jóvenes de Java se enamoran de alguna dama, se atan con hilo unos cascabelillos entre el miembro y el prepucio, y vanse a las ventanas de sus enamoradas, y fingiendo orinar y sacudiendo el miembro hacen sonar aquellos cascabelillos hasta que sus enamoradas los oyen. Enseguida ellas bajan y hacen su voluntad, siempre con aquellos pequeños cascabelillos, pues es para ellas un gran divertimento sentirse sonar dentro de sí. Estos cascabelillos están recubiertos y cuanto más se cubren más suenan.

Nuestro piloto más viejo nos cuenta que hay una isla llamada Ocoloro, bajo la Java Mayor, solo habitada por mujeres: y que a éstas las fecunda el viento; luego que dan a luz, si el que naciere es varón, lo matan y, si es hembra, la crían, y si vienen hombres a su isla los matan siempre que pueden.